

CARNE DE PERRA

FÁTIMA SIME.

SANTIAGO DE CHILE: LOM, 2009, 122 PP.

La primera obra de Fátima Sime, escritora chilena que se inició con estudios de dramaturgia y guión para acabar publicando una novela reconocida por muchos medios como una de las mejores publicaciones del año pasado, nos sorprende con su gran precisión y el manejo de dramaturga que posee su autora para convocar voces y hacerlas actuar. Esta novela, lanzada el 2009 y unánimemente aplaudida por la crítica, no pretende más que mostrarnos fragmentos fotográficos de una tragedia, todos ellos brillantemente enlazados. La carga melodramática y política con que podría identificarse en los extremos de un género es depurada gracias a esa maravillosa pretensión que debiera asumir todo aquel que se haga llamar a sí mismo un escritor: mostrar, mostrar y dramatizar. Con frases cortas y altamente predicativas, Fátima Sime nos cuenta la historia de una enfermera que de manera casi azarosa se ve involucrada en un crimen político llevado a cabo por la policía secreta del régimen militar instalado en Chile a partir de los años 70. En consideración a las circunstancias, muchos se han empeñado en buscar cuál fue ese crimen que con la asepsia de la medicina terminó con la vida de un importante opositor al régimen. Las comparaciones con el asesinato de Eduardo Frei Montalva sobran. El hecho que contextualiza la obra no es más que eso: el contexto para contar la historia de dos personajes solitarios que, buscando el alivio y la sensación de estar a salvos, entretejen una torturada relación.

María Rosa es el personaje que resiste, la carne de perra casi imperturbable. Es dicha actitud la que, a pesar de que ella se enuncie en primera persona, genera cierta perplejidad en el lector porque nunca se llega a comprender del todo cuál es el límite entre el dolor y el placer en ese trastocado amor que comienza a nacer con su torturador; el Príncipe. Y es que este amor trastocado, tal como dice la contratapa de la edición de LOM, es real y duele. Es evidente que algo están buscando el uno en el otro más allá del objetivo pragmático que los une, pero nunca se descubre qué es lo que los lleva a sumergirse en

el denominado Síndrome de Estocolmo y, particularmente, a desarrollar una complicidad sexual que verdaderamente nunca se consume, porque lleva el sino de la frustración sexual. El Príncipe es el eterno impotente incapaz de tramsutar la violencia y el desbordado preámbulo culinario —la obsesión por entrar en ella sólo a través de la comida— en un acto amoroso que les borre los rígidos límites del uno. María Rosa, por su parte, queda abandonada a las circunstancias impuestas por su amante hasta volverse completamente insensible e indiferente al otro. Luego de estos inacabados encuentros, ella se convierte en voracidad y hace circular hombrecitos de todos los colores y formas por su cama. Sin embargo, al fin y al cabo todo le resulta árido y frío: “Pero apenas despertaba, el hombre con que había estado me parecía una masa de carne peluda, fétida. Un monstruo del cual tenía que arrancar de inmediato para no volver a verlo. Nunca más” (Sime 39). Y es que a los personajes solitarios lo ajeno les resulta siempre monstruoso.

Tampoco se llega a saber qué es lo que despierta en María Rosa ese proceso de reconocimiento, anagnórisis de sus motivaciones más internas e interferidas por el paso de casi 20 años, que la lleva a tomar la decisión de ayudar a su ex amante a un buen morir. Ella tendrá que ahorrarle el sufrimiento del cáncer que lo tortura día a día y darle la dosis de droga necesaria para comenzar a vivir por fin su ansiada muerte. Tal quiebre se produce en la pequeña biblioteca de su madre; una profesora de castellano rural que la recibe junto a su familia en Limache después de tanto tiempo sin saber absolutamente nada sobre el paradero de la joven, supuestamente convertida en una adulta. Ella hojea libros y luego los lanza lejos, como rechazándolos. Es en ese momento que siente la necesidad de liberarse de toda la rabia por haber sido usada “como un estropajo” (85). ¿A qué corresponde esa sensación de haber sido tratada como un estropajo?: ¿la tortura?, ¿al abandono?, ¿el olvido?, ¿el haber sido nada más que un depositario de comida sin vida?

Lo que sí tenemos claro es que, tanto para el Príncipe como para su muñeca —trato con que él solía aliviar la necesidad de cariño de ella—, todo estaba reducido y encapsulado a las fronteras de su mismidad. Son personajes incapaces de trascenderse y llegar a los otros. Parecen los protagonistas de un teatro vacío que, al parecer, nadie se ha esforzado en comprender. Todos los procesos experimentados por ellos son auto producidos y se cierran sobre sí

mismos. El plano más ilustrativo en que esto ocurre guarda relación con el goce sexual que se vale de la comida, como si ella fuese la extensión de sus propios cuerpos; esos que nunca llegan a tener un contacto real que les permita liberarse de su encierro. Asimismo sucede con la muerte, la cual no se produce con la espontaneidad con que desde afuera, más allá de nosotros mismos, ella se nos presenta, sino que es permanente reclamada por el Príncipe desde su lecho hospitalario. María Rosa lo ayuda a proveérsela pero en definitiva es él quien la decide. Otra forma sobre la que se desarrollan estos procesos autogenerados que marcan a los protagonistas de la novela es la modalidad en la que se da el exilio. Verdaderamente no hay exilio, pues sólo se trata de una ficción que montada desde los propios organismos de inteligencia de la dictadura brinda a María Rosa el rol de “víctima política”. Así es como parte a Uppsala con atención médica, un sueldo, psiquiatra, cursos de idioma y un departamento con calefacción. “¿Me lo creía?” ¿En qué es lo que creen los personajes de esta historia? Esa es la gran interrogante que la elíptica prosa de Fátima Sime deja entrever.

CONSTANZA TERNICIER
Pontificia Universidad Católica de Chile
Santiago de Chile
caternic@uc.cl

RUDOLF BULTMANN/MARTIN HEIDEGGER: BRIEFWECHSEL 1925-1975

ANDREAS GROSSMANN Y JÜNGEL LANDMESSER (EDS.).
FRANKFURT A. M.: VITTORIO KLOSTERMANN;
TÜBINGEN: MOHR SIEBECK, 2009, 342 PP.

El año 2009 Vittorio Klostermann y Mohr Siebeck publican la correspondencia entre el teólogo protestante Rudolf Bultmann y el filósofo Martin Heidegger. El tomo abre con un prefacio a cargo del teólogo Eberhard Jüngel, para continuar con un prólogo de los editores Andreas Großmann y Christof Landmesser, en los cuales se abordan aspectos de la amistad entre ambos

pensadores, además de proporcionarse información acerca de los manuscritos publicados y de las personas que colaboraron con su lectura. La sección principal del volumen comprende cartas y postales datadas entre los años 1925 y 1975, material que, a su vez, se complementa con una sección de anexos en la cual figuran seis documentos de carácter interpretativo, tanto de Heidegger como de Bultmann. El tomo posee, además, una bibliografía de las obras mencionadas en las referencias biográficas que figuran al pie de página durante todo el volumen. Finaliza con un índice de las fotografías incluidas en la edición, así como con un registro de nombres y de materias.

Sin duda alguna, el interés que, en principio, podría suscitar esta reciente publicación radicaría en el hecho de que ambos nombres representan dos maneras de pensar fundamentales, a saber: la filosofía y la teología. Así, la publicación se presentaría como una posibilidad cierta de ganar cercanía a la pregunta por el filosofar y por la teología, respectivamente. Incluso, con pretensiones más exigentes, podría entenderse como la ocasión de aclarar de forma más o menos acabada la eventual relación entre ambas. La mayoría de los textos publicados, no obstante, no abordan explícitamente estos temas. Gran parte de la lectura conlleva, más bien, a intimar en el desarrollo de una profunda amistad que se extiende a lo largo de medio siglo. Así es como podríamos decir que la lectura de este volumen posee un valor de carácter principalmente histórico-biográfico.

Histórico, pues la correspondencia proporciona un cuadro de ciertos hitos relevantes en el contexto cultural alemán. Por un lado, es posible obtener información acerca de aquellos intelectuales que constituyeron el ambiente universitario a principios del siglo XX. Principalmente se trata del círculo de profesores de Marburgo, como el filólogo Paul Friedländer, el teólogo evangélico Hans Freiherr von Soeden, el filósofo neokantiano Herrmann Cohen, entre muchos otros, de. Por lo demás, se puede saber a qué grupos académicos pertenecieron. En un par de cartas más tardías se aprecia la llegada del nacional socialismo a la cotidianeidad alemana, junto a los nombres de quienes ya podían contar entre sus adeptos. Es el caso de una carta fechada el 14 de diciembre de 1932, donde Bultmann expresa a Heidegger que le es difícil imaginarlo en una comunidad de actividades junto a Erich Jaensch, quien en 1938 publicará un estudio de tipologías raciales en el contexto de la ideología

nacional socialista; lo cual, por cierto, Heidegger, el mismo año, desmiente categóricamente con las siguientes palabras: “no soy miembro de ese partido, y nunca lo seré, asimismo como jamás he sido miembro de algún otro” (191). No deja de llamar la atención una de las últimas cartas de un Bultmann ya anciano, la cual resulta ser un sobrio testimonio del ocaso de una generación de intelectuales tan decisivos para la cultura alemana, como es la del 14 de julio de 1969, que da cuenta del fallecimiento de profesores como Karl Reinhardt, Werner Jaeger, entre otros.

En lo que respecta al ámbito biográfico, resulta interesante atender a una frase que podría describir con exactitud el fundamento de la amistad entre Heidegger y Bultmann. “Podemos considerarnos afortunados —escribe Heidegger en el año 1927— de que, de manera clara, vemos y nos hemos apropiado —en la medida que eso es posible— de tareas positivas para el futuro” (20). En efecto, ese anhelo por un futuro común es la razón y directriz de una amistad llena de confianza. Dicho anhelo es, por lo demás, el eje desde el cual se entiende la compartida opinión y distanciamiento respecto de la situación intelectual de sus tiempos. A juicio de Bultmann, la teología sólo se ha desarrollado en la dirección de un “biblismo” (119) ciego a sus problemas originarios. Al mismo tiempo, por otro lado, Heidegger caracteriza el quehacer filosófico como un dogmatismo “proveniente de la época de Hitler” (205). Dicho ahora de manera positiva, las cartas muestran el intento decidido y solidario por desplegar una discusión sobre los asuntos mismos, al margen de teorías que predispusiesen de antemano su trato. La búsqueda de una discusión autónoma (132), que condujese a un pensar libre centrado en las problemáticas tal cual son, la “paciencia” y el “compromiso con las cosas” (*Sachlichkeit*) (112), es aquella exigencia fundamental que ambos parecieron asumir en sus respectivas reflexiones.

No sería impropio afirmar que, en concreto, ese aludido futuro común se refiere a un pensar comunitario en torno a la filosofía y a la teología. Las cartas, como se ha dicho, no proporcionan material suficiente, sólo un par de segmentos ocasionales indican qué es lo que ambos autores entienden al respecto. Si la teología es una ciencia positiva, su nivel de tematización será el óntico, mientras que lo ontológico permanecerá para ella implícito. Mientras tanto, la filosofía se centrará en lo ontológico, dejando lo óntico “entre paréntesis” (25).

Los comentarios de Bultmann acerca de la comprensión heideggeriana de la teología como ciencia positiva se dejan ver en extenso en una de las últimas cartas del propio Bultmann. Es aquella datada en octubre/noviembre de 1970, donde el teólogo le indica a Heidegger que el problema de definir a la teología como ciencia positiva radica en pasar por alto el hecho de que siendo el “creer” (*Glauben*) en sí mismo tema propio de la teología, ella no sólo se preocuparía por el contenido de esta región determinada, sino también, por el acto desde el cual es posible el despliegue de la misma. En este sentido, la teología no pareciera ser un tipo de conocimiento que asuma y permanezca sin más en su *positum*, como ocurre con otras ciencias que podrían ser caracterizadas estrictamente como *positivas*. Desde esta perspectiva, Bultmann desarrolla otros aspectos en torno a la relación entre teología y filosofía que constituyen un atento comentario a la conferencia dictada por Heidegger “Phänomenologie und Theologie” (1970), publicada en el tomo 9 de la *Gesamtausgabe*.

Una discusión en relación a temas eminentemente teológicos figura en los documentos publicados a modo de anexo. No todos, sin embargo, son inéditos. Es el caso del protocolo “Heidegger über Luther im Seminar Gerhard Ebelings (1961)” y “Bultmanns Reflexionen zum Denkweg Martin Heideggers nach der Darstellung von Otto Pögeler (1963)”. De los documentos inéditos cabe destacar “Heideggers Luther-Referat (1924)”. En este, Heidegger reconoce en el pensamiento de Lutero el pecado como la expresión de una tendencia esencial humana que es en sí misma una fuga *en* el mundo para “estar de espaldas” (*Abgekehrtsein*) a Dios. Mediante este concepto existencial (*Existenzbegriff*) (267) de carácter radicalmente afectivo (*affectus subtilissime carnalis*) (267) se manifestaría la principal diferencia con la escolástica católica, para la cual el pecado es entendido de manera aún externa, no siendo más que una debilidad accidental de algo así como un “pícaro” (*Schlingel*) (271). A juicio de Heidegger, la fuerza del protestantismo radicaría en que dicho fenómeno pasa a ser el núcleo de aquella condición fundamental humana que es la del temor y del miedo a la muerte (271). Luego encontramos “Bultmanns Artikel über Martin Heidegger in der RGG (1928)”, que es un artículo sobre Heidegger destinado al léxico *Religion in Geschichte und Gegenwart*, y que fue elaborado por Bultmann bajo las precisas indicaciones de su amigo (47). Se incluye, además, “Heideggers Beilage zu Weihnachten (1931)”, que es la transcripción del poema de Nietzsche “Aus hohen Bergen”. Por último, se destaca un documento

algo más extenso de Bultmann en el que el teólogo alemán expresa su relación con el Nacional Socialismo (“Bultmanns Erklärung vom 2. Mai 1933”). La discusión gira, de una manera bastante crítica, en torno los peligros que implica la figura de Hitler, a partir de su postura teológica.

En definitiva, el volumen *Rudolf Bultmann/Martin Heidegger: Briefwechsel 1925-1975* no es una publicación que complemente lo que ya se ha publicado de la filosofía de Heidegger como tal. Se ve claramente que su intención, así como la de otras cuyo tema es su correspondencia, no parece ser otra que contextualizar biográficamente lo que en otros volúmenes se aprecia como el despliegue de un pensar filosófico tan particular como el de Martin Heidegger.

FELIPE JOHNSON
Universidad Andrés Bello
Santiago de Chile
ejohnson@unab.cl